

mujer con su muerte que en toda su vida. El desocupado, el callejero Clapart, estaba apostado en su paseo del Temple mirando como pasaban revista á su legión. La muerte de Clapart procuró á la pobre devota una viudedad de mil quinientos francos, concedida á las viudas de todas las víctimas de aquella infernal máquina.

El coche, al que iban enganchados cuatro arrogantes caballos, estaba dividido en cupé, interior, rotonda é imperial. Se parecía mucho á las diligencias llamadas *Góndolas*, que corren aún hoy por la carretera de Versalles en competencia con los dos caminos de hierro. Sólida y ligera á la vez, bien pintada y bien cuidada, forrada de fino paño azul, provista de esteras con dibujos moriscos, y de cojines de marroquí encarnado, la *Golondrina del Oise* tenía cabida para diez y nueve viajeros. Pierrotín, aunque tenía ya cincuenta y seis años, había cambiado poco. Vestido siempre con su blusa, bajo la cual llevaba una chaqueta negra, fumaba en su *quema gaznates* (1), vigilando á dos criados con librea que cargaban multitud de paquetes sobre la vasta imperial de su coche.

—¿Tienen ustedes ya asiento?—dijo á Oscar y á la señora Clapart examinándolos como hombre que busca semejanza con sus recuerdos.

—Sí, dos asientos de interior á nombre de Bellejambe, mi criado—respondió Oscar,—que los debió tomar ayer por la noche al marchar.

—¡Ah! el señor es el nuevo preceptor de Beaumont—exclamó Pierrotín.—¿Va usted á reemplazar al sobrino del señor Marguerón?

—Sí—dijo Oscar apretando el brazo de su madre que iba á hablar.

A su vez, el oficial quería ir de incógnito algunas horas.

En este momento Oscar se estremeció al oír la voz de Jorge Marest, que gritó desde la calle:

—Pierrotín, ¿tiene usted aun algún asiento?

—Me parece que no le costaría á usted ningún trabajo decir señor—respondió vivamente el empresario de los servicios del valle del Oise.

A no haber sido por la voz, Oscar no hubiera podido re-

(1) Pipa corta y de yeso que usaba mucho la gente del pueblo de París.—(N. del traductor).

conocer al compañero de viaje que tan fatal le había sido ya dos veces. Jorge, casi calvo, no conservaba más que tres ó cuatro mechones de pelo sobre las orejas, los cuales mechones esparcía él cuidadosamente para ocultar en lo posible la desnudez de su cráneo. Una gordura irregular y un vientre piriforme alteraban las formas, tan elegantes en otro tiempo, del hermoso joven. Su aspecto y sus modales se habían vuelto casi innobles. La tez barrosa y las facciones pronunciadas y vinosas de Jorge anunciaban sus desastres amorosos y su vida de calaveradas continuas. Los ojos habían perdido aquel brillo y aquella vivacidad de la juventud que una vida arreglada ó estudiosa tiene el poder de conservar. Jorge, vestido como hombre indiferente ya á todo, llevaba un pantalón viejo. Sus botas, de gruesas suelas y muy sucias, acusaban una edad de más de tres trimestres, lo cual equivale en París á tres años. Un chaleco raído y una mala corbata acusaban la especie de angustia oculta de que era presa el antiguo elegante. En fin, Jorge, aparecía á esta hora de la mañana con levita en lugar de llevar chaqueta, lo cual es diagnóstico de una miseria indudable. Esta levita, que debía tener ya mucho tiempo, había pasado, como su amo, de la opulencia á la nada. Las costuras dejaban ver líneas blancas, el cuello estaba grasiento y el uso había rozado y deshilachado los extremos de las mangas. Jorge no dejaba por eso de llevar unos guantes amarillos, un poco sucios, á decir verdad, y bajo uno de los cuales se dibujaba, en negro, un grueso anillo. En torno de la corbata, sujeta por un pretencioso anillo de oro, se veía una cadena de seda, imitación de pelo, la cual servía sin duda para sostener el reloj. Su sombrero, aunque puesto con arrogancia, revelaba mejor que nada, la miseria del hombre que no puede dar diez y seis francos á un sombrerero y que se ve obligado á vivir al día. El antiguo amante de Florentina agitaba un bastón con puño de plata sobredorada, pero atrozmente abollado. El pantalón azul, el chaleco de tela llamada escocesa, la corbata de seda azul celeste y la camisa de indiana rayada, denotaban tal deseo de *figurar* en medio de tanta ruina, que este contraste ofrecía, no sólo un espectáculo, sino además una enseñanza.

—¿Es este aquel Jorge?—se dijo interiormente Oscar.— ¡Un hombre á quien dejé con más de treinta mil francos de renta!

—Señor de Pierrotín, ¿hay aún algún asiento vacante en el cupé?—preguntó irónicamente Jorge.

—No, el cupé está tomado por un par de Francia, el yerno del señor Moreau, el señor barón de Canalis, que va con su mujer y con su suegra. No me queda más que un asiento de interior.

—¡Diablo! al parecer, sea cualquiera el gobierno reinante, los pares de Francia viajan siempre en el coche de Pierrotín. Me quedaré con el asiento del interior—respondió Jorge que se acordaba de la aventura del señor de Serisy.

Dirigió á Oscar y á su madre una mirada curiosa, pero no reconoció ni á la madre ni al hijo. Oscar tenía la piel tostada por el sol de África; su bigote abundante y sus espesas patillas, su rostro y sus pronunciadas facciones, estaban en un todo de acuerdo con su actitud militar. La róseta de oficial, el brazo de menos, la severidad del traje, todo hubiese extraviado los recuerdos de Jorge, si alguno hubiese tenido de su antigua víctima. Respecto á la señora Clapart, á quien Jorge apenas había visto, diez años consagrados á los ejercicios de la piedad más severa la habían transformado. Nadie hubiese creído que aquella especie de hermana de la caridad había sido una de las Aspasia del año 1797.

Un grueso anciano, vestido con sencillez, aunque pobremente, y en quien Oscar reconoció al padre Leger, llegó lenta y torpemente, y saludó familiarmente á Pierrotín, que pareció tenerle ese respeto que en todos los países se tiene á los millonarios.

—¡Hombre! ¿es el padre Leger, cada vez más preponderante!—exclamó Jorge.

—¿A quién tengo el honor de hablar?—preguntó Leger con tono seco.

—¡Cómo! ¿no se acuerda usted del coronel Jorge, el amigo de Alí-Pachá? Hicimos juntos un viaje en compañía del conde de Serisy que iba de incógnito.

Una de las tonterías más propias de las gentes caídas es querer reconocer á los que les vieron en posición y ser á su vez reconocidos.

—Está usted muy cambiado—respondió el anciano comerciante en inmuebles, que era dos veces millonario.

—Todo cambia en este mundo—dijo Jorge.—Vea usted si la posada del *León de Plata* y el coche de Pierrotín se parecen en nada á lo que eran hace catorce años.

—Pierrotín tiene ahora, él solo, la empresa del valle del Oise y hermosos coches—respondió Leger.—Vive en Beaumont, donde tiene una magnífica posada, y una mujer y una hija que no son feas.

Un anciano de unos setenta años bajó de la posada y miró á los viajeros que esperaban el momento de subir al coche.

—Vamos, papá Reybert, sólo esperamos á su gran hombre—dijo Leger.

—Aquí lo tiene usted—repuso el administrador del conde de Serisy señalando á José Bridau.

Ni Jorge ni Oscar pudieron reconocer al ilustre pintor, cuyo rostro y modales tenían ese tinte especial que adquieren los hombres célebres. Su chaqueta negra iba adornada con la cinta de la Legión de Honor. Su rebuscada manera de vestir indicaba que estaba invitado á alguna fiesta campestre.

En este momento un empleado, que llevaba una hoja de papel en la mano, salió de la oficina construída en la antigua oficina del *León de Plata*, y, colocándose delante de la puerta del cupé vacío, exclamó:

—El señor y la señora de Canalis, tres asientos.

Después pasó al interior y nombró sucesivamente:

—El señor Bellejambe, dos asientos. El señor Reybert, tres asientos. El señor... ¿su nombre de usted?—dijo á Jorge.

—Jorge Marest—respondió en voz baja el hombre caído.

El empleado pasó después á la rotonda, delante de la cual esperaban nodrizas, gentes del campo y algunos tenderos que se decían adiós; después de haber colocado á los seis viajeros, el empleado llamó á cuatro jóvenes, que subieron á la banqueta del imperial, y dió la orden de partida, diciendo:

—¡En marcha!

Pierrotín se colocó al lado de su cochero, un joven de blusa que, por su parte, gritó á los caballos:

—¡Árre!

El coche, arrastrado por los cuatro caballos comprados en Roye, subió al trote la cuesta del arrabal Saint-Denis; pero, una vez llegado á Saint-Laurent, corrió como un coche correo llegando en cuarenta minutos á Saint-Denis. No se detuvieron en la posada de las tortas, y tomaron, á la izquierda de Saint-Denis, la carretera del valle de Montmorency.

Cuando tomaron este camino, fué cuando Jorge rompió el silencio que los viajeros habían guardado hasta entonces observándose mutuamente.

—Se va algo mejor que hace quince años, ¿eh, padre Leger?

—Todo el mundo tiene la condescendencia de llamarme señor Leger—respondió el millonario.

—Pero ¡si es el *charlatán* de nuestro primer viaje á Presles!—exclamó José Bridau—Y bien, ¿ha hecho usted nuevas campañas por Asia, África y América?—añadió el gran pintor.

—¡Por vida de...! he hecho la Revolución de julio que ya es bastante hacer y que me ha arruinado.

—¡Ah! ¿ha hecho usted la Revolución de julio? eso no me extraña, porque yo, por más que me lo hubiesen repetido, nunca he creído que se haya hecho sola—dijo el pintor.

—¡Cómo se encuentra la gente!—exclamó el señor Leger mirando á Reybert.—Mire usted, papá Reybert, este es el pasante de notario á quien sin duda debe usted la administración de los bienes de la casa de Serisy.

—Nos falta Mistigris, que ahora es ilustre bajo el nombre de León de Lora, y aquel joven que cometió la estupidez de hablar al conde de las enfermedades de la piel de que ha logrado curarse, y de su mujer, de quien acabó por separarse para morir en paz—dijo José Bridau.

—Falta también el señor conde—repuso Reybert.

—¡Oh! creo que el último viaje que hará será el de Presles á Isle-Adam para asistir á la ceremonia de mi casamiento—respondió con melancolía José Bridau.

—Aun se pasea en coche por su parque—dijo el anciano Reybert.

—¿Va muchas veces á verle su mujer?—preguntó Leger.

—Una vez al mes—dijo Reybert.—Le gusta vivir en París; en el mes de septiembre último casó á su sobrina, la señorita de Rouvre, en la que ha cifrado todo su cariño, con un joven polaco muy rico, con el conde Lagrinski.

—Y ¿á quién pasarán los bienes del señor de Serisy?—preguntó la señora Clapart.

—Á su mujer, que seguramente le sobrevivirá—respondió Jorge.—La condesa, á pesar de sus cincuenta y cuatro años, se conserva muy bien, es muy elegante y de lejos aun causa ilusión.

—Lo que á usted me parece que le causa ilusión cualquier cosa—dijo el padre Leger que quería vengarse del burlón.

—Yo la respeto—respondió Jorge al padre Leger.—Pero, á propósito, ¿qué ha sido de aquel administrador que fué despedido á raíz de nuestro viaje?

—¿Moreau? es diputado por el Oise—repuso Leger.

—¡Ah! ¿es el famoso *centralista* Moreau del Oise?—dijo Jorge.

—Sí—repuso Leger,—el señor Moreau del Oise. Ha trabajado un poco más que usted en la Revolución de julio y ha acabado por comprar la magnífica tierra de Pointel, entre Presles y Beaumont.

—¡Oh! al lado de la que él administraba, al lado de su antiguo amo; eso es de muy mal gusto—dijo Jorge.

—No hable usted tan alto—repuso el señor de Reybert,—porque la señora de Moreau va en el cupé con su hija, la baronesa de Canalis, y con su yerno el antiguo ministro.

—Buen dote habrá dado á su hija para lograr casarla con nuestro gran orador.

—Una cosa así como dos millones—dijo el padre Leger.

—Se conoce que el hombre tenía afición al dinero, y así empezó ya á demostrarlo cuando administraba á Presles—contestó Jorge sonriéndose y en voz baja.

—No siga usted hablando mal del señor Moreau—respondió vivamente Oscar.—Me parece que ya podía usted haber aprendido á callarse en los coches públicos.

José Bridau miró al oficial manco algunos segundos y exclamó:

—El señor no es embajador, pero su condecoración nos dice que ha hecho carrera, y noblemente, porque mi hermano y el general Giroudeau han citado á usted muchas veces en sus relatos.

—¡Oscar Hussón!—exclamó Jorge.—A fe que, á no ser por la voz, no le hubiera reconocido nunca.

—¡Ah! ¿este es el señor que tan valerosamente arrancó al vizconde Julio de Serisy á los árabes, y á quien el señor conde ha nombrado para la administración de Beaumont, mientras no quede vacante la de Pontoise?

—Sí, caballero—dijo Oscar.

—Pues bien—repuso el gran pintor,—tendría una gran satisfacción de que asistiese usted á mi boda en Isle-Adam.

—¿Con quién se casa usted?—preguntó Oscar.

—Con la señorita Leger, la nieta del señor Reybert—respondió el pintor.—Es una boda que el señor conde de Serisy me ha preparado, á más de lo que ya le debía yo como artista; antes de morir, ha querido ocuparse en hacer mi fortuna, cosa que yo no pensaba.

—De modo que el señor Leger se ha casado con...—dijo Jorge.

—Con mi hija y sin dote—respondió el señor de Reybert.

—¿Ha tenido hijos?

—Una hija, que es bastante para un hombre que era viudo sin hijos—dijo el padre Leger.—Lo mismo que Moreau, mi socio, tendré por yerno á un hombre célebre.

—Y ¿sigue usted viviendo en Isle-Adam?—preguntó Jorge con aire casi respetuoso al padre Leger.

—Sí, he comprado Cassán.

—Pues bien, me alegro haber escogido este día para *trabajar* el valle del Oise—dijo Jorge.—Señores, ustedes pueden serme muy útiles.

—¿En qué?—preguntó el señor Leger.

—Estoy empleado en «La Esperanza», una compañía que acaba de constituirse, y cuyos estatutos van á ser aprobados en seguida por un real decreto—dijo Jorge.—Esta institución da al cabo de diez años de suscripción, dotes á las jóvenes, rentas vitalicias á los ancianos, paga la educación de los hijos, se encarga, en fin, de hacer la fortuna de todo el mundo.

—Ya lo creo—dijo el padre Leger sonriéndose.—En una palabra, que es usted corredor de seguros.

—No, señor mío, soy inspector general encargado de establecer los corresponsales y los agentes de la compañía en toda Francia, y yo trabajo mientras los agentes no sean nombrados, pues el encontrar hombres honrados es cosa tan delicada como difícil.

—Pero ¿cómo ha perdido usted sus treinta mil francos de renta?—preguntó Oscar á Jorge.

—Del mismo modo que ha perdido usted su brazo—respondió el antiguo pasante de notario al antiguo pasante de procurador.

—¿Ha hecho usted acaso alguna acción heroica con su fortuna?—dijo Oscar con ironía mezclada de acritud.

—¡Pardiez! desgraciadamente, he hecho demasiadas.

Figúrese usted si habré hecho, que las voy vendiendo.

Habían llegado á Saint-Leu-Taverny donde todos los viajeros bajaron mientras que mudaban el tiro. Oscar admiró la vivacidad que desplegaba Pierrotín desenganchando los caballos de la lanza mientras que su cochero les quitaba las bridas.

—Este pobre Pierrotín—pensó Oscar para sus adentros,—ha hecho como yo, ha progresado muy poco. Jorge ha caído en la miseria. Los demás, gracias á la especulación y al talento, han hecho fortuna... ¿Se puede almorzar aquí, Pierrotín?—dijo el militar en voz alta poniendo la mano sobre el hombro del empresario.

—Yo no soy el conductor—repuso Pierrotín.

—Pues ¿quién es usted?—preguntó el coronel Hussón.

—El empresario—respondió Pierrotín.

—Vamos, no se enfade usted con antiguos conocidos—dijo Oscar á Pierrotín presentándole á su madre y sin abandonar su aire protector.—¿No se acuerda usted de la señora Clapart?

Oscar tuvo tanta mayor satisfacción en presentar á su madre á Pierrotín, cuanto que en este momento la señora Moreau del Oise bajaba del cupé y miraba desdeñosamente á Oscar y á su madre al oír sus nombres.

—Á fe, señora, que no la hubiera reconocido á usted, ni á su hijo tampoco. Al parecer calienta de firme el sol de África, ¿eh?

La especie de piedad que Pierrotín inspiraba á Oscar fué la última falta que la vanidad hizo cometer al héroe de esta novela; pero también por ella recibió su castigo, aunque menos duro. He aquí cómo:

Dos meses después de su instalación en Beaumont-sur-Oise, Oscar hacía la corte á la señorita Jacoba Pierrotín, cuya dote era de ciento cincuenta mil francos, y se casaba con ella á fines del invierno de 1838.

La aventura del viaje á Presles había hecho discreto á Oscar; la velada de Florentina había confirmado su probidad; las durezas de la carrera militar le habían enseñado á respetar las jerarquías sociales y á obedecer á la suerte. Como se había hecho prudente y capaz, fué feliz. Antes de su muerte, el conde de Serisy obtuvo para Oscar la administración del Pontoise. La protección del señor Moreau y la del señor barón de Canalis, que, tarde ó temprano, llega-

rá á ser ministro, aseguran una delegación de Hacienda á Hussón, en quien la familia Camusot reconoce ahora un pariente.

Oscar es un hombre ordinario, amable, sin pretensiones, modesto y que se mantiene siempre, lo mismo que su gobierno, en el justo medio. No excita la envidia ni el desprecio. Es, en fin, el modelo del burgués moderno.

Paris, febrero de 1842.

FIN

00022

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
El contrato de matrimonio..	5
Un debut en la vida.	131